

¿Y Usted por qué no Aplau- de?

por *Sebastián Salazar Bondy*

Actores y concertistas —y aun los oradores de todo género— reconocen que los públicos como las personas difieren, y que así como hay individuos amables o adustos, cálidos o fríos apasionados o racionales, las masas de espectadores suelen ser de un carácter u otro. Los analistas y psicólogos del teatro no dejan de estudiar el tema de la reacción colectiva ante los espectáculos, pues como el acto dramático es mejor cuanto se acerca más a la comunión sentimental e intelectual, el descubrimiento de los resortes que mueven a dicha transitoria comunidad innominada que aplaude o rechaza, la conclusión resulta muy útil para el logro artístico.

El público norteamericano, por ejemplo, es reservado, según la opinión de quienes lo conocen bien, en tanto el francés, que está considerado como uno de los más exigentes del mundo, se expresa con simpatía y amistad en la celebración aún de detalles pequeños de acierto cualitativo. El español, por su parte, es ruidoso por su cruel: usa de lo que la jerga denomina "meneo", o sea, la ostensible negación de los méritos, el disgusto y la crítica absoluta. Nada temen más autores y actores de la península que la noche del estreno en que la expresividad del público puede desatar entre simpatizantes y hostiles una verdadera batalla campal. La historia registra algunas memorables.

¿Y el nuestro? A él se debe esta nota, por cierto. Si observamos la actitud del público limeño con relación a su reacción ante los mejores espectáculos, ante los espectáculos que lo impresionan, distinguimos un hecho curioso: su adhesión está en razón inversa de la situación que ocupa en la sala, ya que quienes están en las localidades más económicas manifiestan con mayor franqueza su satisfacción. La temperatura desciende hasta convertirse, en palcos y plateas, en una simple chispa formal que se enciende por rutina. Sólo un cuarenta o cincuenta por ciento de los espectadores de estas categorías mantienen el aplauso sostenidamente todo el tiempo que hace falta para demostrar a los artistas su contento, su admiración, su gratitud. Es difícil establecer a qué se debe esto, pero de primera intención parece obedecer a pruritos de discreción y elegancia que tonamente atribuyen poca distinción o clase a quien se pone en pie entusiasmado, bate las palmas con energía y hasta grita bravo con calor.

Y, aunque parezca mentira, mucho del espectáculo depende de la respuesta del espectador. Cientos de testimonios escritos nos dicen cuán importante es para el actor o el concertista tan sencilla recompensa. En sus confidencias, los artistas han dicho que el movimiento favorable de la sala, de ese ser azagapado en las tinieblas del

recinto teatral que es el público, es uno de los factores más decisivos de la buena calidad de su desempeño. Una gran actriz francesa confesaba que no podía actuar bien si no sentía que los espectadores estaban enamorados de ella y un notable intérprete inglés ha dejado pruebas de que sólo tras el primer aplauso su personalidad creadora se apoderaba del personaje. Entonces, es del interés mismo del público revelar con su voz su agrado ante lo que escucha o contempla. No es el arte del espectáculo una relación de producción y consumo: es, más bien, una obra de cooperación, una alianza, de cuya integración perfecta depende el valor resultante.

Muchas veces el cronista se ha quedado perplejo ante el hieratismo del público, el cual, sin embargo, tenía una buena opinión de lo que acababa de apreciar. Y se ha sentido tentado de dirigirse al señor próximo, que permanecía inmóvil tras el goce del arte, para preguntarle sin protocolo alguno: ¿Y usted, por qué no aplaude?. Tal vez la respuesta hubiera sido peor que el hecho que la provocaba, debido a que tal interrogación pecaba de inurbanidad. Pero desde estas columnas la plantea aquí para que cada uno de aquellos que no saben aplaudir se la haga a sí mismo y a fondo, y saque sus propias conclusiones, y hasta, si es posible, se enmiende.